

La pierna robada

Sara Beatriz Padilla Núñez (Sara Padilla)

Freelance

Todos comenzaron a aplaudirle al falso ciego. Durante el frenesí, dos hombres lo cargaron sobre sus hombros y el resto de los ciudadanos gritaron emocionados. Un niño se acercó corriendo para tocar su mano, quizá pensando que estaba bendita, pero el pequeño se tropezó y cayó sobre la putrefacta pierna gangrenada del doctor; la vio tan de cerca que vomitó encima de ella. El doctor, que se encontraba tirado en el piso, vio al niño desmayarse sobre su propio vómito. Decidió cerrar los ojos y fingir que estaba muerto, quizá así le dejarían de hacer daño.

Un par de años atrás, el doctor fue muy querido por los ciudadanos de la ciudad: ayudó a decenas de mujeres a dar a luz, curó a los niños del orfanato y a los ancianos del asilo. Lo que más le satisfacía de su trabajo y de ayudar al prójimo, era obtener agradecimientos (mejor si llegaban a las alabanzas) de los enfermos, sus familiares y los encargados de las instituciones en las que se presentaba.

Cuando llegó la guerra fue solicitado como médico de trincheras. Aceptó con orgullo y valentía la misión; se imaginó retornando a la ciudad como un héroe y siendo condecorado con medallas doradas. Quizá el gobierno haría una cena en su honor y le entregaría una inmensa cantidad de dinero como agradecimiento por sus servicios; él la usaría para ayudar a los niños sin hogar y sería sepultado como un santo.

Con una sonrisa contenida, tratando de disimular su emoción, se presentó con los oficiales que lo llevarían a su lugar de trabajo.

—Buenas tardes, es un honor poder prestar mis servicios, mi nombre es...

—El doctor, ¿verdad? —Gritó uno de los oficiales—. ¡Súbase a esa camioneta que va al campamento!

—¿No necesitan mis documentos? —Preguntó confundido el médico.

—¡Si no es doctor, muévase y estorbe en otro lado, si lo es, súbase de una vez!

El doctor subió a la camioneta lentamente y se sentó en el único lugar disponible entre dos jóvenes que, infirió, eran enfermeras.

—Me imagino lo difícil que debe ser para dos jóvenes tan lindas estar en una misión de este género —dijo el doctor—. No tengan miedo, yo estaré para ayudarlas en lo que necesiten.

La joven de la derecha lo miró con asco y puso los ojos en blanco, la de la izquierda sonrió de forma burlesca y murmuró algo entre dientes.

Cuando ingresó a la enfermería y le explicaron su funcionamiento, comenzó a trabajar con esmero y puso en práctica todos sus conocimientos con el objetivo de salvar la mayor cantidad de vidas posibles. Le enternecían los soldados que guardaban una fotografía de su esposa en el bolsillo, los que le decían con lágrimas en los ojos que no querían morir, que querían volver para abrazar a sus hijos. El médico trató de curarlos por todos los medios, pensando en esas familias reunidas, abrazándose y llorando, agradeciendo al doctor por haber logrado un milagro como ese. Por desgracia, la mayoría de ese estilo que estuvieron bajo su cuidado fallecieron; en cambio, los que gritaban maldiciones, pedían alcohol a gritos y les daban nalgadas a las enfermeras fueron los que sobrevivieron.

A pesar de eso, el doctor siguió trabajando para cada uno de los hombres que llegaban a la enfermería, buenos o no, porque ese era su deber. En su estancia vio de todo: extremidades arrancadas por las bombas, heridas de bala, histeria causada por ver a un compañero sin cabeza luego de un ataque, quemaduras, putrefacción por la falta de higiene en las trincheras y mucho más.

Un día, mientras el doctor revisaba la cicatrización de una cirugía que había hecho, volteó hacia la camilla contigua y vio a un hombre con una venda en los ojos (había alegado quedarse ciego luego de que una bomba explotara frente a él). El ciego se incorporó un poco, sacó una revista escondida debajo de su almohada, levantó con las puntas de sus dedos un fragmento de la venda y comenzó a ver el retrato de una actriz semidesnuda impresa en la portada. El doctor se encolerizó por ver a tantos soldados con sangre y vísceras de fuera, mientras ese hombre no había sufrido ningún rasguño fuera de su supuesta ceguera. El doctor le arrebató la revista, la arrojó a un lado y le dio un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? —Dijo el ciego tratando de palpar algo con sus manos, con expresión de espanto.

Dos hombres se abalanzaron sobre el doctor y lo inmovilizaron en el piso.

—¡Es un mentiroso! ¡Ese maldito no está ciego!

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? —Repitió el ciego girando su cabeza de un lado a otro.

—¿Estás loco? ¿Qué demonios te pasa? —Dijo un oficial que entró a la enfermería.

El doctor trató de justificar su reacción, pero solo logró que lo sancionaran y lo obligaran a seguir trabajando para los enfermos, lo estuvieran o no.

Después de un año terminó la guerra, el doctor estaba escuálido por el cansancio y la mala alimentación. Se reconfortó pensando que por lo menos la alianza de su país había ganado, así que todo había valido la pena. Subió a la camioneta que lo llevarían a él y a varios soldados a casa. Imaginó a cientos de personas con carteles esperando a sus seres queridos y a miembros del gobierno listos para condecorar a sus héroes de guerra por haber prestado un servicio tan honorable a la nación.

Cuando llegaron a su destino no había nadie esperándolos. El doctor, confundido, tuvo que tomar un tren hacia su casa. Cuando llegó, acercó su oreja a la puerta de la entrada: tenía el presentimiento de que todos sus amigos, familiares y pacientes le habían organizado una fiesta de bienvenida secreta. Cuando abrió la puerta encontró en el piso un aviso de desalojo por no pagar la renta durante un año.

—Quizá es una falta de respeto festejar por una guerra —pensó.

Decidió hablar con su arrendador y acordar un plazo para terminar de pagar sus deudas, aunque debía trabajar el doble para lograrlo. Comenzó a atender casos que otros médicos rechazaban: atendió un par de abortos, ayudó a una niña a dar a luz en secreto por encargo de sus padres y realizó un suicidio asistido.

Una mañana lo llamaron de emergencia para una cirugía: debía quitarle la pierna gangrenada a un hombre. Cuando terminó de amputarla, comenzó a envolverla en una tela para deshacerse de ella.

—¿Escuchaste que le darán una medalla a Francis Scott? —dijo la enfermera que asistió en la cirugía.

—No, ¿quién es él? —Preguntó la hija del enfermo.

—Un soldado que se quedó ciego durante la guerra, parece que le darán mucho dinero de compensación, como lo hizo por nuestro país...

El doctor salió corriendo con la pierna bajo el brazo. Llegó a un puesto de periódicos donde encontró el encabezado “Héroe de guerra” junto a una fotografía del falso ciego de su campamento con una medalla dorada colgada en el pecho. Se encolerizó tanto que rompió el periódico y golpeó con la pierna gangrenada al vendedor de periódicos cuando trató de cobrarle.

El doctor se dirigió a la plaza principal, enfurecido por haber hecho tantos esfuerzos para nada. ¿Para qué ayudar a las personas, servir a la nación y trabajar si no iba a recibir ningún beneficio? Vio en los jardines de la plaza un par de metros cuadrados llenos de lodo, se acostó en ellos y comenzó a revolcarse. Después se sentó en el piso, cerca del quiosco, ocultó su pierna derecha real y puso en su lugar la pierna gangrenada.

—Una limosna para este hombre enfermo —gritó mientras elevaba su mano al cielo.

Los habitantes de la ciudad se impresionaron por el espectáculo, pero algunos extranjeros más ingeniosos le pusieron monedas en la mano.

Algunas personas trataron de ahuyentarlo, pero el doctor se levantaba furioso y los amenazaba con la pierna gangrenada. A los policías les dio tanto asco que no hicieron muchos esfuerzos por acercarse, hasta que pasaron un par de días y la pierna comenzó a apestar toda la plaza.

La gente comenzó a protestar frente a las oficinas de gobierno para que quitaran a ese loco, que alguna vez les había servido, de una buena vez. Varios policías fueron a cumplir la demanda, en cuanto se acercaron, el doctor se puso en guardia, elevando la pierna gangrenada como si fuera una espada. Todos los que trataron de acercarse fueron ahuyentados por el doctor que les acercaba la pierna a la cara. El falso ciego, que estaba viendo el espectáculo desde una banca en el jardín de la plaza, tomó su bastón y se acercó a las personas aglomeradas. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, golpeó la mano del doctor con su bastón: la pierna cayó al suelo y los policías lo inmovilizaron. Algunos ciudadanos comenzaron a golpearlo, indignados por haber usado un truco tan sucio para pedir limosna y por haber apestado la plaza. El resto de los ciudadanos celebraron el buen tino del ciego, lo cargaron sobre sus hombros y todos lo aplaudieron, maravillados por la medalla dorada que tenía en el pecho.